



Los nacionalistas de las vacunas no son inmunes

11 de marzo de 2021

Daron Acemoglu¹

El fracaso de los países ricos en liderar una respuesta global coordinada a la pandemia se ha considerado un fracaso moral. Pero ahora que la continua propagación del virus en otros lugares está produciendo nuevas variantes, también ha resultado ser un fracaso práctico.

BOSTON - Aunque las campañas de vacunación masiva se están acelerando en occidente, el fin de la pandemia del COVID-19 aún no está a la vista. De ello, los Estados Unidos y otros países ricos sólo pueden culparse a sí mismos.

Ha quedado claro, al menos desde principios del verano de 2020, que incluso con vacunas eficaces en la mano, el COVID-19 no se detendrá hasta que las poblaciones de todo el mundo hayan alcanzado la inmunidad colectiva, es decir cuando la proporción de personas que aún son susceptibles a la infección es tan pequeña que la enfermedad ya no puede extenderse. No es suficiente que ningún país individual llegue a este punto. Mientras el virus siga circulando en otras partes del mundo, seguirán ocurriendo mutaciones aleatorias. Algunas serán desventajosas para el virus, pero otras lo harán aún más contagioso o mortal.

Nuevamente, ya lo sabemos. Solo desde diciembre se han identificado tres cepas altamente infecciosas del virus SARS-CoV-2. Con una tasa de transmisión significativamente más alta (y potencialmente una tasa de mortalidad mayor), la variante británica, B.1.1.7, ya se está extendiendo rápidamente dentro de los EE. UU. Y Europa. La variante sudafricana, B.1.351, puede ser incluso más contagiosa. Y la cepa brasileña, P.1, puede ser la más peligrosa de todas.

La aparición de nuevas variantes significa que incluso cuando el Reino Unido alcance la inmunidad colectiva (como parece probable con la tasa de vacunación actual), los británicos todavía no estarán fuera de peligro. A menos que el Reino Unido se aisle por completo del resto del mundo (lo cual es esencialmente imposible), quienes viajen fuera del país traerán nuevas variantes, y algunas de estas podrían ser capaces de eludir las protecciones que brindan las vacunas actuales.

P.1 es especialmente preocupante. Surgió en Manaus, que en octubre pasado registró una tasa de infección de casi el 80%, por encima del umbral del 60-70% que los científicos estiman que es suficiente para la inmunidad colectiva contra COVID-19. Pero debido a que más infecciones permiten más mutaciones, estar por encima del umbral de inmunidad colectiva puede no ser suficiente. De hecho, la aparición de P.1, que azotó a la ciudad con otra ola de infecciones, implica que la inmunidad contra el virus inicial no proporcionó inmunidad contra la nueva variante.

¹ Daron Acemoglu, es profesor de economía en el MIT, es coautor (con James A. Robinson) de Why Nations Fail: The Origins of Power, Prosperity and Poverty y The Narrow Corridor: States, Societies, and the Fate of Liberty.



Es cierto que los científicos deberían poder reprogramar las vacunas para que sean eficaces contra las nuevas variantes una vez que hayan sido identificadas; esa es una de las ventajas de la tecnología de ARNm que sustenta las vacunas Moderna y Pfizer-BioNTech. Pero esta flexibilidad es un pequeño consuelo después de que una variante ingresa a un país y obliga a la vida económica y social a volver a un estado de bloqueo. Una vez que esto sucede, toda la población debe volver a hacer cola para recibir inyecciones de refuerzo.

Este escenario de golpe a un topo se puede evitar si el resto del mundo se vacuna rápidamente, deteniendo la propagación del virus y, por lo tanto, sus oportunidades de adquirir nuevas mutaciones. Pero la vacunación en todo el mundo parece imposible en este momento, porque no se están distribuyendo dosis suficientes en el mundo en desarrollo. Si hubiéramos logrado proporcionar las dos mil millones de dosis solicitadas por el programa COVAX de la Organización Mundial de la Salud, aún habría sido extremadamente difícil lograr una vacunación generalizada en partes remotas de África, Asia y Medio Oriente, debido a la falta de infraestructura básica de salud, y redes de transporte.

Con la nueva vacuna de una sola dosis de Johnson & Johnson, que no necesita la logística de la cadena de suministro en frío requerida por las vacunas de ARNm, debería haber una posibilidad de lucha. Sin embargo, trágicamente, el nacionalismo de las vacunas todavía se interpone en el camino. Con el lanzamiento de vacunas chinas y rusas, es posible que podamos producir suficientes vacunas para abastecer al mundo entero. Sin embargo, lo que nos falta es la cooperación internacional.

Coordinar la entrega mundial de vacunas es fundamental para poner fin a la pandemia. Por ejemplo, es lógico que las vacunas más eficaces se administren en las zonas donde el virus se está propagando más rápidamente. Una complicación adicional es que actualmente hay datos fiables limitados sobre las vacunas chinas. Es posible que debamos tener en cuenta la posibilidad de que sean menos efectivos que otros y que el virus tenga más posibilidades de continuar propagándose y mutando en poblaciones que han recibido estas vacunas.

A pesar de la precariedad de la situación, los gobiernos occidentales y los grupos de presión empresariales están ocupados con ideas malas en lugar de intentar proporcionar más vacunas al mundo en desarrollo. El peor de ellos, que ahora se está considerando tanto en los EE. UU. Como en la Unión Europea, es un “pasaporte de vacuna” propuesto que permitiría a quienes hayan sido vacunados viajar internacionalmente.

Ahora bien, existe un buen argumento para otorgar a las personas vacunadas credenciales para acceder a espacios interiores abarrotados, lo que fomenta la adopción de vacunas. Pero con su enfoque singular en la apertura de los viajes globales, un pasaporte de vacuna es una idea terrible para un mundo en el que el virus todavía se está propagando y mutando como resultado de nuestra incapacidad para vacunar a todos. Los pasaportes de vacunas no brindan protección contra nuevas variantes como P.1. Todo lo que se necesitaría es un rico empresario o turista con un pasaporte de vacuna y una nueva variante para desencadenar una epidemia en un país que pensaba que había logrado la inmunidad colectiva.



Estos problemas se multiplicarán hasta que comencemos a tratar la pandemia como la crisis global que es. En un mundo sin cooperación internacional, un país que logra vacunar a la mayor parte de su población tiene una sola defensa: abandonar los principios más básicos de la globalización. Como mínimo, se debe exigir a todos los viajeros internacionales que se mantengan en cuarentena durante dos semanas en sitios cuidadosamente monitoreados, sin importar si son nacionales o extranjeros, y sin importar si han sido vacunados contra las variantes conocidas.

Incluso esta medida básica representaría un gran paso atrás de la globalización. Pero si los países occidentales continúan enfocándose únicamente en vacunar a sus propias poblaciones mientras ignoran la necesidad de coordinación global, deberían prepararse para un futuro sin viajes internacionales sin trabas.